

Nueva España no puede ser conceptualizada como milenarista. Inevitablemente, todos ellos fueron hombres de su siglo, participaron de la corriente que privilegiaba los estudios de la Sagrada Escritura y, por ello, afirma Frost, interpretaron los acontecimientos que les tocó vivir a la luz de sus conocimientos bíblicos. En aquellos años la sensibilidad por los temas apocalípticos era mayor que ahora, y esto se reflejó en los escritos de los primeros evangelizadores.

La supervivencia de creencias idolátricas en los evangelizados ha sido tratada por el artículo de Jack D. L. Holmes, titulado «El mestizaje religioso en México» (1955). Holmes traza una buena síntesis de los factores favorables y de los obstáculos para la recepción del cristianismo por los indígenas. Su estudio se realiza en un nivel antropológico y social. Sin embargo, ¿no será aventurado afirmar el fracaso de la cristianización del indígena mexicano, como pretende Holmes?

Otro tema colonial debatido ha sido la labor de la Compañía de Jesús, reiterativamente discutida en la historiografía americana. Raúl Flores Guerrero [«El Imperialismo jesuita en la Nueva España» (1954)] sostiene que los jesuitas tuvieron pretensiones imperialistas, de nivel socio-político, en sus misiones del noroeste mexicano. Esta tesis, tan repetida por un sector de la americanista, ha sido ya superada; y exigiría ahora, en vista de los nuevos datos, una cuidadosa matización.

Los restantes artículos tratan del conflictivo siglo XIX. Dos de ellos abordan la penetración del protestantismo en la República. Pedro Gringoire [«El protestantismo del Doctor Mora» (1954)] da a conocer los primeros pasos del protestantismo en México desde 1827 hasta 1850, vinculado a la promoción de la escuela lancasteriana. Jean Pierre Bastian [«Las sociedades protestantes y la oposición a Porfirio Díaz, 1877-1911» (1988)] muestra la presencia de grupos protestantes

en la oposición maderista y su conexión con francmasones y espiritistas. Bastian no alcanza a reflejar una visión serena del catolicismo mexicano. En una óptica similar se sitúa Robert J. Knowlton [«La Iglesia mexicana y la Reforma: respuesta y resultados» (1969)].

Manuel Ceballos Ramírez [«La Enciclica Rerum Novarum y los trabajadores católicos en la ciudad de México (1891-1913)», (1983)] presenta las primicias de una interesante investigación sobre los círculos y asociaciones surgidos en México para llevar a cabo las directrices sociales de la encíclica leonina. Este trabajo es buen punto de arranque para un estudio posterior sobre la incidencia efectiva de estas iniciativas.

En resumen, cabe felicitar a Pilar Gonzalbo por la excelente selección que ha realizado. Se presta con ella un buen servicio al especialista europeo, para quien no es tan fácil el acceso a «Historia mexicana». En este volumen se han primado los aspectos más teóricos de la vida religiosa mexicana, al acentuar las polémicas doctrinales sobre la primera evangelización. En «Historia Mexicana» se han publicado también muchos y muy buenos trabajos sobre la vida religiosa de los mexicanos, tanto criollos como indígenas, que quizá convendrá tomar en consideración en próximos volúmenes de «Lecturas».

E. Luque Alcaide

Fidel GONZÁLEZ, *Comboni en el corazón de la misión africana. El movimiento misionero y la obra comboniana*, Mundo Negro, Madrid 1993, 608 pp.

Las páginas del presente trabajo demuestran una tenacidad y un esfuerzo investigador de magnitud más que notable. Años de labor paciente han dado como fruto la presentación de un panorama con una riqueza de elementos que supera con mucho el inte-

res especializado —y a veces nimio— que suelen tener los asuntos abordados en una tesis doctoral. Porque efectivamente el libro que se reseña es la tesis doctoral de Fidel González —actual profesor en la Universidad Urbaniana y consultor de la Congregación para las causas de los Santos—, que fue defendida en la Gregoriana.

Tres son los grandes focos que determinan la órbita de esta investigación: a) el movimiento misionero decimonónico; b) Comboni y su personalidad poliédrica como misionero, fundador y alma inspiradora de entusiasmos universales; c) historia del instituto o institutos combonianos a través de un árduo camino, que resulta instructivo como experiencia de que en la Casa de Dios hay *muchas moradas*: parece justo que a cada uno se le deje habitar la suya.

El resurgir misionero en pleno siglo XIX es una gran lección de Iglesia. El autor señala muy bien las vitalidades que dan origen a una sensibilidad profundamente cristiana que supera la filantropía ilustrada, y la valoración de Europa como élite cultural de los mundos, lanzada hacia un progreso desentendido del Mensaje Evangélico.

África y sus tribulaciones históricas aparecen ante los ojos del lector en acuciante presencia. Desde mediados del siglo XVII el gran continente —hasta entonces un enigma— comienza a ser explorado por aguerridas personalidades, cuyas aventuras fracasan tantas veces, si no es que concluyen en tragedia: James Bruce —que llega hasta el lago Tana tras cinco años de exploración—, Mungo Pank —descubridor del río Níger—, A. Gordon Laing —primer europeo que se adentra en el Sahara desde Trípoli y llega hasta Tumbuctú— son pioneros durante el siglo XVIII de una gesta que todavía iba a cobrarse un precio notable de vidas humanas, pero que ejercía ya indudable fascinación sobre los europeos poseídos del ideal romántico. Clapperton, Lander, Caillé, Barth o Livingstone son nombres

—entre otros cientos de nombres— de exploradores decimonónicos, a cuya temeraria generosidad la historia debe rendir culto. Tras ellos, la perdurable ignorancia acerca del mapa africano va cediendo a una aurora, cuya luz va a excitar la codicia de las potencias europeas. El siglo XIX ve surgir numerosas sociedades geográficas que patrocinan expediciones; los nuevos hallazgos son difundidos en numerosas revistas especializadas que los gobiernos apoyan en alas de un interés creciente. El Congreso de Berlín (1884-1885) significa la culminación del reparto colonial de África. «Los factores que precipitaron el reparto fueron la rápida estampida de aquellas potencias que no habían tenido previamente allí ninguna clase de intereses, la nueva *entente* europea tras la guerra franco-prusiana de 1870 y la aparición de dos potencias económicas en el marco europeo: Bélgica y la Alemania de Bismarck. Estas nuevas potencias desequilibraron la balanza de poderes y provocaron aquel movimiento rápido y casi violento en el que todas las potencias europeas se precipitaron a reclamar una cierta soberanía económica y política en África. Se llega entonces al Congreso de Berlín. Las ambiciones de Leopoldo II de Bélgica primero y las de Bismarck después fueron los factores que determinaron aquella repartición fulminante» (pp. 166-167).

Así es como África dejaba atrás su misterio y comenzaba a ser hollada en toda su extensa piel al servicio de los intereses económicos del progreso. Lo cierto es que los protagonistas de la repartición tal vez no hayan sentido jamás remordimiento alguno por ello; más bien al contrario: aquella África inhóspita, letal por su clima, áspera en sus costas y cerrada al norte por los corsarios y turcos —cuando no por los esclavistas árabes-musulmanes y también europeos— se presentaba como una fruta de cáscara dura y amarga, poco apetecible mientras durase el pingüe reclamo comercial con el país de las

especies en el Extremo Oriente y después con las Américas. La potencia turca hace progresivamente más difícil la ruta comercial hacia la India, porque al control terrestre añaden el intento de señorear los mares y costas nor-orientales del continente africano. De ahí que a partir del siglo XV las potencias ibéricas proyecten —con leve éxito, habida cuenta del poderío musulmán— penetrar en África por el norte y controlar sus costas occidentales. Tras numerosos viajes de exploración hacia el sur, África es interpretada —en el ámbito de los navegantes portugueses— como una gran isla que, una vez bordeada por el occidente, deja el camino expedito hacia el país de las especias. La mercadería de esclavos negros —que son trasportados al Nuevo Mundo— comienza a partir de ahora: «La trata occidental de los negros fue iniciada por algunos comerciantes portugueses hacia mediados del siglo XV. El comercio se desarrolló hasta alcanzar proporciones gigantescas a partir del siglo XVII con el auge de las grandes plantaciones de azúcar, algodón y tabaco, que exigían una enorme cantidad de mano de obra. —El Tratado de Utrecht, de 1713, que puso fin a la guerra de Sucesión española, concedió a Inglaterra el monopolio de la trata, que debía transportar a América cinco mil esclavos al año, con el puerto de Liverpool como gran emporio de este comercio inhumano» (p. 160).

El comercio de esclavos es un tema histórico de gravísima importancia ante el cual palidecen tal vez otros recursos tópicos —como el de la Inquisición, por ejemplo—, que han impresionado más al mundo occidental por cuanto han chocado más inmediatamente con la sensibilidad ilustrada que ha alumbrado nuestra época. Actualmente los estudios americanistas y africanistas —por razones bien conocidas— van exhumando recuerdos de la historia que deberían aportar a la conciencia europea dosis de responsable y justa solidaridad con regiones largamente explotadas. «El

tráfico de esclavos representó una de las fuentes más importantes y prósperas de ganancias para el comercio europeo. Este tráfico abortó casi todos los intentos de desarrollar otra clase de comercio en África e impidió la presencia misionera efectiva. Ni los misioneros podían presentar un anuncio evangélico atrayente ante la imagen que los esclavistas ofrecían de la fe cristiana, ni éstos podían favorecer tal anuncio que, por la fuerza de las cosas, tenía que poner fin a sus actividades. Hasta que el movimiento antiesclavista y la dirección de la economía europea no cambia, con la abolición de la esclavitud y la prohibición de la trata, no se pudo dar una efectiva presencia misionera» (p. 164). Condenaciones de la esclavitud tales como las de Paulo III —en el siglo XVI—, de Urbano VIII —en el XVII— y de Gregorio XVI —en pleno siglo XIX— habían caído como predichas en desierto, impedida su eficacia por el obstruccionismo del poder secular.

Puede por eso decirse que la gran historia de las misiones africanas comienza en el siglo XIX como reacción cristiana que parte de la base —por decirlo así— y que contará con el apoyo de Gregorio XVI, ya que los anteriores pontificados decimonónicos —pasada la tribulación revolucionaria— atendieron principalmente a los problemas americanos o, sencillamente, fueron muy breves. En efecto, «la primera atención del movimiento misionero en los albores del siglo XIX fue Norteamérica. Un segundo polo de especial atención fue el Medio y Extremo Oriente. Oceanía y África llamarían la atención en un primer momento. Fue la sensibilidad característica del movimiento misionero hacia los más pobres y abandonados lo que empujará a éste hacia África y hacia el mundo negro en concreto. Esta atención se inicia en aquellos lugares donde algunos misioneros tienen la oportunidad de descubrir la situación de postración en que vivía la raza negra, sobre todo debido a la esclavitud» (p. 167). Y así,

una extraordinaria floración de fundaciones se produce a lo largo del XIX: noventa y un Institutos masculinos de derecho pontificio desde 1800 hasta 1900, de los cuales trece son exclusivamente misioneros. En el mundo femenino aparecen nueve Institutos misioneros.

A mediados de siglo, Gregorio XVI erige el vicariato apostólico del África Central, en el que Daniel Comboni iba a demostrar su talla gigantesca como misionero. Su personalidad, formada a partir de diversas experiencias vivas del Movimiento misionero decimonónico se desarrolla en un infatigable esfuerzo: viajes por Europa movido por el deseo ardiente de suscitar vocaciones y de encontrar apoyo —material y espiritual— en los cenáculos más sensibles del catolicismo europeo; participación intensa con la vida del Vicariato Apostólico de África Central; hubiera deseado transmitir su misma vibración eclesial a todo el Viejo Continente: ahí está su *Plan en favor de la regeneración de África* presentado a Pío IX el 19 de septiembre de 1864. Enamorado de la *nigritia* —como en su tiempo solía decirse—, su ambición fue nobilísima y en extremo fructífera. El vicariato que se le confió en 1872 contaba en 1990 con más de 150 diócesis, con casi un cien por cien de obispos negros. Es decir, que Comboni es tal vez la personalidad misionera más importante y significativa surgida en los dos últimos siglos. Como tantas veces sucede en la vida de los hombres, en su propia grandeza está también su debilidad: «Comboni —como señala Fidel González— difícilmente podía conjugar su trabajo como cabeza del vicariato apostólico de África Central y el de formador de sus misioneros a miles de kilómetros, en Verona o en el Kairo. La combinación de estas dos misiones no siempre le resultaron felices. (...) Otra limitación se refiere al optimismo a veces exagerado, de Comboni a la hora de evaluar a sus colaboradores. En ellos suele ver sólo los aspectos positivos. (...) La tercera limitación, sobre todo al principio,

fue que su pasión por la evangelización de África le llevaba a acoger a todos los que mostraban un mínimo deseo de consagrarse a ella...» (p. 555) Con el tiempo usó de mayor precaución. Era por tanto un gran misionero y, tal vez —pienso—, sólo eso. Lo cual no obsta para brillar con luz propia en el firmamento eclesial y permanecer en él como una referencia evangélica de valor admirable.

Sin duda alguna, esta obra del padre comboniano Fidel González —serena, objetiva, de proporciones poco comunes— será considerada en lo sucesivo como una lección historiográfica de consulta obligada para cuantos deseen comprometerse en la elaboración y en el conocimiento de un relato veraz de lo que han sido las misiones africanas.

E. de la Lama

José GUTIÉRREZ CASILLAS, *Historia de la Iglesia en México*, Porrúa, México 1993 (tercera edición revisada y adicionada), 657 pp.

Este manual, publicado por vez primera en 1974, ve ahora su tercera edición, notablemente ampliada y revisada. El jesuita Gutiérrez Casillas (n. 1917), muchos años rector del Seminario Moctezuma (en Nuevo México), y autor de dos monumentales volúmenes sobre los jesuitas mexicanos en los siglos XIX y XX (Porrúa, México 1972 y 1981), ha conseguido un libro de texto apto para la enseñanza en centros eclesiásticos e incluso civiles, en el que aúna una serie de virtudes, ciertamente no fáciles de conciliar. Inserta la historia eclesiástica mexicana en el contexto de la historia general del hemisferio norte: así, vemos desfilar a los primeros pobladores del altiplano mexicano, desde de la glaciación wisconsiana hasta la constitución de las culturas llamadas precolombinas; la distribución de las áreas lingüísticas en el valle de Méxi-